

SI ALGUNA VEZ SOSPECHAS

Si alguna vez sospechas que te has muerto
ofrécele a tu perro la mejilla,
abre la boca del buzón y busca
papeles que no sirven para nada,
puede que reconozcas el nombre o el acento
que un día fuera tuyo y que ya nadie nombra.

Sumérgete en la web, pincha, aleatoria,
cualquier página al uso
a ver si –casualmente- la fortuna
te anuncia ganador de una mentira.

Si algún día sospechas que no puedes comprar
el peso de la lluvia o que tus plenilunios
precisan de mareas que los aúpen
al cielo de tus ojos empezará a dolerte
la herida silenciosa que dejan en el aire
las mariposas muertas.

En tanto llegue el día
hasta que esa sospecha torne a carne,
abre el libro de versos donde yace
a modo de crespón o marca páginas

el precio de una lágrima y esboza una oración
para escuchar tu voz tan solamente.

Si piensas que has dejado de estar vivo
porque a tu alrededor
abrigan las farolas el silencio,
no intentes desnudar a los visillos
en búsqueda de asombros,
ni plantes flores en alcantarillas:
huirán, igual que alondras, eclipses que no han sido;
no bastará la música, tampoco la ternura,
para las horas tristes,
ni bastará la usura de esas manos no tuyas
que perseguiste tanto como a una patria en ciernes.

Busca, entonces, la esencia,
eso que a veces llaman alma, o casi,
y arrulla en sus espejos las derrotas que el tiempo
ha prendido y te sangran.

Deja un trozo de pan, tierno, ofrecido,
el día que sospeches
que nadie acudirá hasta tu encuentro,
para que todos sepan
que compartir la espiga es también
una forma encendida de entregarse.

No olvides retirar de tus vitrinas
las fotos que te anuncian;
los ojos, siempre, de los retratados
miran desde la nada y parece
que siguen reclamándonos algún remordimiento,
como una llama antigua persiguiéndonos.

En tanto llegue el día, ese día,
sigue
robándole un color al arco iris
para pintar los labios de la flor
o arracimar las sombras de ardentías.

No temas porque inculpen a tus dedos:
sólo serán culpables
de un delito de amor hacia la vida
ante el que nunca duele arrodillarse.

Manuel Laespada Vizcaíno